

lios, qué gracias, qué utilidades no granjea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Virgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de ellas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que la profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege con un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, ya contra las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿cuántas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte?* ¿podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion con la santísima Virgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignaos, ó Madre de mi Dios y amada madre mia, dignaos de oír favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincera, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

JACULATORIAS.—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte. Amen. (*Ecclesia.*)

María, madre de gracia, madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte. (*Ecclesia.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques otro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario: *¿Y esto me servirá para morir bien?* No solo has de hacer todos los ejercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes ejecutar con el mismo espíritu, y dirigir las al mismo respeto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir

para desprendernos del amor á la vida, y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2 Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Virgen, es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando reces la salutacion angélica, haz particular reflexion á aquellas palabras *Nunc, et in hora mortis nostræ*; ahora, y en la hora de nuestra muerte. Familiarízate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

SAN BARTOLOMÉ, apóstol, el cual predicó en la India el Evangelio de Jesucristo: de allí pasó á la Armenia mayor, en donde habiendo convertido á muchos, fué desollado vivo por los bárbaros, y luego degollado por mandato del rey Astiages alcanzó la corona del martirio. Su sagrado cuerpo fué llevado primero á la isla de Lipari, despues á Benevento, y últimamente á Roma á la isla del Tiber, en donde es venerado de los fieles con piadosa devocion. (*Véase su vida hoy.*)

LOS TRESCIENTOS SANTOS MÁRTIRES, en Cartago, en tiempo de Valeriano y Galieno; despues de haber padecido varios tormentos, mandó el presidente encender un horno de cal, y que delante de él les presentasen al mismo tiempo unas ascuas con incienso, y les dijo: Una de dos, ofreced incienso á Júpiter sobre estos carbones, ó sereis echados en el horno: mas ellos armados de fe confesando que Jesucristo es el Hijo de Dios, con suma ligereza se arrojaron en el horno, y entre el vapor de la cal fueron reducidos á ceniza. Por cuyo motivo aquel ejército de Santos fué llamado la *Masa blanca*.

SAN PTOLOMEO, obispo, en Nepeto; discípulo del apóstol S. Pedro, por quien fué enviado á Toscana á predicar el Evangelio: en dicha ciudad alcanzó la gloriosa palma de mártir.

SAN ROMAN, obispo de Nepeto; el cual siendo discípulo de S. Ptolomeo, fué también compañero suyo en el martirio.

SANTA AUREA, virgen y mártir, en Ostia; la cual fué arrojada al mar con una piedra atada al cuello: su cuerpo habiendo salido á la playa, lo enterró S. Nono.

SAN TACION, mártir, en Isauria; el cual en la persecucion de Dio-

cleciano, siendo presidente Urbano, fué degollado y alcanzó la corona del martirio.

SAN EUTIGUIO, discípulo del evangelista S. Juan, en el mismo día; quien después de haber padecido en diferentes regiones cárceles y azotes y fuego por predicar el Evangelio, al fin murió en paz.

SAN JORGE LYMNOTA, monje, al cual como reprendiese al impio emperador Leon porque hacia pedazos las santas imágenes, y quemaba las reliquias de los Santos, por decreto suyo le cortaron las manos y abrasaron la cabeza, en cuyo martirio entregó el alma al Señor.

SAN OVEN, obispo y confesor, en Rouan.

SAN PATRICIO, abad, en Nevers.

SAN BARTOLOMÉ, APÓSTOL.

SAN Bartolomé, á quien el Evangelio cuenta siempre el sexto en el número de los doce apóstoles, fué galileo, de condicion tan humilde como todos ellos, siendo de oficio pescador; pero eran muy puras sus costumbres. Fué hijo de Tolmai, como lo da á entender su propio nombre; porque *Bur* en hebreo significa lo mismo que hijo. Creyeron algunos que S. Bartolomé fué aquel Natanaél que S. Felipe llevó á la presencia del Salvador, de quien el mismo Señor hizo aquel bello elogio, cuando dijo: *Veis ahí un verdadero israelita, en quien no hay dolo ni artificio*. Pero S. Agustín impugna esta opinion, asegurando que Jesucristo no escogió á Natanaél para apóstol suyo, precisamente porque era doctor de la ley; y no queria valerse para el ministerio evangélico de letrados ni de sabios, sino de hombres idiotas y groseros, á fin de que resplandeciese visiblemente su omnipotencia en una obra tan grande, en la cual no habia de tener parte alguna la humana sabiduría.

Fué este santo Apóstol uno de los que mas mostraron su generosidad y su fervor en seguir á Jesucristo. Luego que fué llamado al apostolado, todo lo dejó, y nunca pensó volver á tomar lo que una vez habia dejado. Algunos otros apóstoles, después de su vocacion, volvieron al ejercicio de pescar; pero S. Bartolomé no se apartó de su divino Maestro, siendo uno de los mas ansiosos por acompañarle á todas partes, de los mas embelesados con sus conversaciones, de los mas atentos á sus discursos, y de los mas adictos á su divina persona. Hacia fiel compañía á Jesucristo, y fué el mas continuo testigo de sus milagros. Hallóse presente en Cafarnaum cuando el Salvador sanó al criado del Centurion; en Naím, cuando resucitó al hijo de la viuda; y fué testigo de la milagrosa curacion de aquel hombre poseído del demonio, que dueño de su cuerpo, le tenia privado del uso de la



S. BARTOLOMÉ APOSTOL.

lengua y de la vista. Asistió tambien con su Maestro en las bodas de Caná, donde fué testigo del milagro que hizo, convirtiendo el agua en vino; y tambien concurrió en el convite de Simon el fariseo, cuando se convirtió aquella famosa pecadora Maria Magdalena. En fin, pocos milagros hizo el Salvador en el espacio de su vida de que no hubiese sido testigo S. Bartolomé.

Habia mucho tiempo que el Señor, acompañado de sus apóstoles, iba de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo predicando sin cesar en las sinagogas, no perdiendo ocasion de anunciar á los judíos el reino de Dios, y confirmando siempre su doctrina con la milagrosa curacion de los enfermos, cuando determinó señalar su mision á los apóstoles que hasta entonces se habian contentado solo con seguirle; y para escitar en ellos el zelo de la salvacion de las almas, virtud tan necesaria en los obreros evangélicos, viendo un dia la multitud de gente que le cercaba, se mostró muy condolido de que pudiesen tantas almas por falta de predicadores y maestros, andando como ovejas sin pastor, errantes y esparramadas por aquí y por allí, espuestas á mil peligros, consumidas de enfermedades, y totalmente desamparadas. Penetrado su corazon de un compasivo dolor, y todo enternecido, vuelto á sus apóstoles, les dijo: *La mies es grande, y no hay quien la recoja; rogad al Señor de la mies, que envíe obreros á ella.* Y entonces declaró á sus apóstoles, como los tenía escogidos á ellos para que recogiesen esta cosecha; y despues de comunicarles todos aquellos dones que mas podian contribuir á autorizar su mision, esto es, un poder absoluto sobre los demonios y sobre las enfermedades mas incurables, para lanzar los primeros, y sanar las segundas sin auxilio de remedio ó medicina natural, los envió de dos en dos, para que se ayudasen uno á otro, poniendo siempre á S. Pedro á la frente de todos como el principal y la cabeza de aquella escogida tropa. Fué nombrado S. Bartolomé por compañero de S. Felipe, y se mostró uno de los mas zelosos de la salvacion de las almas. En todas partes predicaban las máximas evangélicas, exhortaban á la penitencia, daban salud á los enfermos, y lanzaban los demonios de los cuerpos. En fin, volvieron despues gloriosos, habiendo lanzado los demonios, y curado las enfermedades mas incurables.

Preso el Salvador del mundo por los judíos, fué general la consternacion en todos los apóstoles. Aunque ya estaban muy prevenidos por todo lo que habian oido al Hijo de Dios acerca de su pasion, con todo eso, se llenaron de tristeza, de espanto y de pavor. Sobrecogió tanto el dolor á S. Bartolomé viendo á

su divino Maestro tan maltratado, que se estuvo encerrado todos los tres dias de la pasion en la casa donde se habian hospedado en Jerusalem derramando continuas lágrimas. Enjugáronsele con la Resurreccion del Salvador; hasta la Ascension estuvo con los demás en la escuela de Jesucristo; y desde la Ascension hasta el dia de Pentecostés retirado en el cenáculo. En aquel dia, que fué el quincuagésimo despues de la Resurreccion; en aquella solemnisima fiesta, llamada *Pentecostés*, el Espíritu Santo, cuya inmensidad llena todo el universo; sin dejar el cielo, vino á la tierra, santificada ya con los trabajos del Salvador, haciéndola sensible su particular presencia por la admirable profusion de sus dones y por una comunicacion mas admirable de su persona, de que se sintieron llenos todos los apóstoles y todos los discipulos. Con efecto, se hallaron todos abrasados en aquel divino fuego, iluminados con sobrenaturales luces, y recibieron desde entoncés el milagroso don de lenguas. En el repartimiento que hicieron entre sí de todas las regiones del universo, tocó á nuestro santo Apóstol la mision de la Licaonia, de Albania, de las Indias orientales y de la Armenia. Llevó á ellas el Evangelio en hebreo, que ya habia escrito san Mateo. Estendió las luces de la fe en todas las provincias por donde pasaba, y no fué el menor de sus milagros la multitud prodigiosa de conversiones que hacia. Dice S. Crisóstomo, que hasta los mismos gentiles se admiraban de aquella repentina mudanza de costumbres, y que en las regiones por donde transitaba S. Bartolomé se miraba con asombro la pureza, la templanza y las demás grandes virtudes que resplandecian en los nuevos fieles.

Habiendo dado todas las providencias que juzgó necesarias para la conservación de la fe en Licaonia, en la Albania y en las Indias orientales, dejando en ellas operarios formados de su mano, pasó él mismo á la Armenia, que algun dia habia de ser el campo mas fértil de su mies y el mas glorioso teatro de su zelo. Llegó á una de las ciudades principales, donde á la sazón estaba el rey con toda su corte; y luego que el Apóstol entró en el templo, donde el demonio daba oráculos por boca de un idolo llamado Astarot, énmudeció éste; silencio que llenó de pasmo á los armenios y de consternacion á toda la ciudad. Atudieron á otro idolo, por nombre Berit, para saber la causa de tan funesto suceso. Respondió el demonio por su boca, que la causa era la presencia de cierto hombre, llamado Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, y que lo mismo le sucederia á él si aquel hombre llegaba á entrar en su templo. Añadió, que no daria

oráculos Astarot mientras no echasen de allí á aquel hombre; porque cien veces al dia, y otras tantas á la noche; hacia oracion á Dios, acompañado de una prodigiosa multitud de espíritus bienaventurados que le escoltaban y le defendian. Quedó admirado el pueblo de este testimonio que, obligado de Dios y á su pesar, dió el demonio de la virtud milagrosa de nuestro Santo, y entró en una impaciente curiosidad de conocer al Apóstol; pero conociendo los sacerdotes que iria por tierra su estimacion si el Santo llegaba á ser reconocido, pusieron en movimiento todos sus artificios para perderle. Buscaronle por espacio de tres dias, pero en vano, porque Dios le hacia invisible; hasta que habiendo lanzado al demonio de muchos cuerpos, y dado salud á muchos enfermos desahuciados, sus mismos milagros le descubrieron.

Esparcida la fama por todas partes, no le conocian ya por otro nombre que por el de Apóstol del verdadero Dios y el obrador de milagros. Llegó presto á noticia de la corte el ruido de sus maravillas, y teniendo el rey una hija poseida de un furioso demonio que la atormentaba cruelmente, deseaba con ansiosa impaciencia ver al santo Apóstol. Apenas se puso en su presencia S. Bartolomé, cuando la princesa quedó libre de aquel infernal huésped; y queriendo el rey mostrar su agradecimiento con magnificos presentes, el Apóstol le dió á entender que no habia venido á buscar oro ni piedras preciosas sino la salvacion de su alma y la conversion de sus vasallos. Vengo, añadió el Santo, á daros á conocer al verdadero Dios, único Criador de todo este vasto universo; y que solo él es digno de nuestro amor, de nuestra adoracion y de nuestros religiosos cultos. Vuestros ídolos son órganos de los demonios; adorais lo mas execrable que hay en toda la naturaleza; esos que llamais dioses son los mismos demonios; y para convenceros, señor, de que es verdad todo lo que digo, quiero que el mas acreditado de vuestros dioses confirme, mal que le pese, todo lo que yo os predico. Aceptóse luego la condicion; y el rey, acompañado del Santo y de toda su corte, se encaminó al templo; pero apenas puso el pié en él S. Bartolomé, cuando el demonio comenzó á gritar que él no era dios, que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios, y que ese era Jesucristo, á quien el Apóstol predicaba. Hecha esta confesion, mandó el Santo al demonio, en nombre de Jesucristo, que al instante y sin réplica hiciese pedazos todos los ídolos de la ciudad. Obedeció, y en el mismo punto todos ellos fueron reducidos á polvo. A vista de tan estupenda maravilla quedaron tan movidos los corazones, como convencidos los

entendimientos; convirtiéndose toda la ciudad, y despues de algunas instrucciones recibió el bautismo el rey y toda la corte. Siguiéron el mismo ejemplo doce ciudades principales, rindiendo la cerviz al yugo de Jesucristo; y habiendo cultivado S. Bartolomé aquella viña por algun tiempo, la proveyó de dignos ministros del altar, obispos y predicadores.

No podian menos de pensar en la venganza todas las potestades del infierno viéndose tan maltratadas. Los sacerdotes de los ídolos eran el oprobio de la nacion, y conociendo que no era posible pervertir al rey Polemon, en cuyo corazon habia echado la religion profundísimas raíces, recurrieron á Astiages, hermano del mismo príncipe, que reinaba en una parte de la Armenia. Era Astiages idólatra supersticioso, y resolvió vengar la afrenta que hacia á sus dioses aquel desconocido extranjero. Convidóle artificiosamente á que pasase á sus estados, y san Bartolomé, que ninguna cosa deseaba tanto en este mundo como derramar la sangre por Jesucristo, corrió apresuradamente á la corona del martirio. Así fué; pues no bien habia puesto los pies en la corte de Astiages, cuando el tirano le hizo desollar vivo. No parecia posible tormento mas cruel; pero el Santo le sufrió con tan invicta paciencia, que hasta los mismos gentiles quedaron asombrados. Y como en medio del cruelísimo tormento no cesase de predicar la divinidad de Jesucristo y las grandes verdades de la fe, mandó el tirano que le cortasen la cabeza. Créese que sucedió esto el dia 23 de agosto, y que el dia antecedente habia sido desollado por amor de Jesucristo; siendo acaso este el motivo por qué algunas iglesias celebran su fiesta el dia 23, que fué el de su muerte, y otras el 24, que fué el de su suplicio.

Presto vengó el cielo la muerte de nuestro Santo con un visible castigo. Así Astiages como todos los sacerdotes, cómplices de su delito, fueron inmediatamente poseidos del demonio, que despues de haberlos atormentado de un modo horrible por espacio de treinta dias, al cabo de ellos á todos los ahogó. Los cristianos se apoderaron del cuerpo de S. Bartolomé, y le enterraron en una caja de plomo, haciéndose luego glorioso su sepulcro por multitud de milagros. Pasados muchos años se hicieron dueños los gentiles del lugar donde estaban las santas reliquias, y las arrojaron al mar, el cual llevó la caja de plomo hasta la isla de Lipari, no léjos de Sicilia. Pero habiéndose apoderado los sarracenos de esta isla hácia la mitad del noveno siglo, fué trasladado este precioso tesoro á Benevento, de donde el año de 983, siendo emperador Oton II, fué trasportado á Roma, donde es reverenciado con singular devocion de los fieles.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Todopoderoso y sempiterno apóstol Bartolomé; concede á Dios, que nos hiciste tan venerable este dia por la santa y solemne alegría que nos causa la fiesta de tu bienaventurado Señor, etc.

La Epistola es del cap. 12 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros unidos á sus miembros. Y Dios á la verdad constituyó á algunos en la Iglesia en primer lugar apóstoles, en segundo profetas, en tercero doctores, despues las virtudes, despues las gracias de curaciones, los socorros, el gobierno, todo género de lenguas, y la interpretacion de las palabras. ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿acaso todos profetas? ¿acaso todos doctores? ¿acaso todas virtudes? ¿acaso tienen todos el don de curaciones? ¿acaso hablan todos las lenguas? ¿acaso todos son intérpretes? Aspirad, pues, á los mas sublimes carismas.

REFLEXIONES.

Para hacernos miembros de Jesucristo basta la fe; pero es necesaria la caridad para ser miembros vivos, de manera que sintamos lo que padecen los demás miembros. Quiso el Señor que todos los fieles formasen un solo cuerpo, cuya cabeza era él; pero quiso tambien que la caridad fuese como el alma que diese vida á este cuerpo, y que por ella se conociese los que eran miembros animados de él: *In hoc cognoscent omnes*. Pues ahora; así como cada miembro del cuerpo tiene parte en los trabajos y en las necesidades de los otros miembros, de manera que los ojos, los pies, las manos, todos acuden á socorrer y aliviar al miembro que padece; del mismo modo nos debemos todos interesar en las necesidades de nuestros hermanos, padeciéndonos con ellos, y aplicando todos los medios posibles para aliviar sus necesidades. Siendo esta la señal que caracterizá á todos los fieles, ¿reconocemos el dia de hoy á muchos por ella? Juzguémoslo por lo que nos interesamos en las miserias ajenas; por lo que socorremos á los pobres y á los desgraciados; por el ansia que tenemos de aliviar á nuestros hermanos; y por las limosnas

que hacemos á los menesterosos. ¡Buen Dios, y qué crecido es el número de los hermanos de solo nombre, de los fieles de sola apariencia! ¡cuantos y cuantos son los miembros muertos, secos y paráliticos! Siendo todos un cuerpo místico de Jesucristo, todos debemos vivir con su espíritu, conformándonos con su espíritu, y en cuanto nos sea posible copiar en nuestro cuerpo los trabajos de su cuerpo natural. ¿Pero esta importante, esta irrefragable verdad es el día de hoy acomodada al gusto de todo el mundo? *Estableció Dios en su Iglesia primero apóstoles, después profetas, y en tercer lugar doctores.* Todos admiramos estos dones; alabamos al Señor porque los repartió á su Iglesia; pero ni los envidiamos para nosotros, ni aun pensamos que los debemos solicitar para ser santos. El mas precioso don para cada uno en particular es saber usar de los talentos que recibió, sin envidiar los que no tiene. ¿Recibióse solo uno? Pues es preciso negociar con él, so pena de ser castigado como siervo inútil y perezoso. Judas fué apóstol, y se perdió en su apostolado. Profetiza Balaam, y tambien profetiza Saul; ¿pero cuantos profetas se perdieron, cuya desgracia estamos llorando? Casi todos los heresiarcas fueron doctores; es casi infinito el número de los hombres sabios que tuvieron un funesto fin. Cada uno será santo en su estado como cumpla las obligaciones de él. Túrbase la jerarquía de la Iglesia, porque algunas veces todos quisieran ser doctores ó profetas. No se quiere envejecer en una clase inferior; ni para salir de ella se espera la vocacion de Dios, á quien solo toca colocarnos en los empleos que quiere; y cuando da el empleo, da el mérito y los talentos para desempeñarle. Los dones sobresalientes que pueden ser mas útiles para los demás suelen ser muchas veces los que menos provechosos son para nosotros. ¡O mi Dios, haced que yo aprecie mas los que me hacen agradable á vuestros ojos, que los que me granjean la estimacion de los hombres!

El Evangelio es del cap. 6 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Salió Jesus á un monte á orar, y pasaba la noche en oracion de Dios. Y habiendo amanecido, llamó á sus discípulos, y eligió de ellos doce (á los que tambien llamó apóstoles.) A Simon, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y

Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago de Alfeo, y Simón, llamado Zelotes, y Judas de Santiago, y Judas Iscariote, que fué el traidor. Y bajando con ellos, se detuvo en una llanura, y una

turba de sus discípulos, y una multitud copiosa de pueblo de toda Judea, y Jerusalem, y de la marina de Tiro y de Sidon, la cual gente habia venido á oírle y para ser sanos de sus enfer-

medades. Y los que estaban atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y todo el pueblo procuraba tocarle; porque salia de él virtud, y sanaba á todos.

MEDITACION.

De la vocacion al estado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hubo ni pudo haber vocacion mas clara ni mas ciertamente de Dios, que la de los sagrados apóstoles; pues el mismo Jesucristo los llamó y los escogió. Con todo eso, entre unos hombres tan legitimamente llamados, se condena Judas. No basta que la vocacion sea legitima; es menester trabajar, es necesario cooperar á la vocacion, cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado. Dispuso Dios la diversidad de los estados y de las condiciones, y á cada uno en particular le destinó á una condicion determinada. Está la salvacion conexas con la vocacion. ¿Abrazas un estado de vida al cual no eres legitimamente llamado? pues te descaminas y te pierdes. En esta sabia economía de la diversidad de los estados distribuye Dios sus gracias con respecto á aquella condicion á que nos llama. ¿Se falta á la vocacion, se abraza otro estado distinto de aquel á que nos tenia destinados la divina Providencia? pues se trastorna, por decirlo así, toda la economía de nuestra predestinacion. Habia medido Dios sus gracias, sus auxilios, el genio y las inclinaciones naturales del sugeto, proporcionándolas á aquella condicion á que le tenia determinado. Seria entonces fácil la virtud; los peligros raros y no tan perniciosos; estaria el cielo sereno y la mar en calma; pero tú tomaste otro rumbo. Quedóse en el mundo aquel jóven á quien Dios llamaba al estado religioso; el otro, á quien desviaba Dios del altar, se ingirió en el sagrado ministerio. Este es el funesto principio, este el verdadero origen de este diluvio de males que inundan toda la tierra; esta es la causa de tantos escándalos; esta es la verdadera razon de la pérdida de tantas almas. ¿Se consulta mucho al Señor sobre la eleccion de estado? ¡Ah! que no; los padres y los parientes fabrican la vocacion; el interés de una familia, una vergonzosa pasion, esos son por lo comun los oráculos y los árbitros de los estados que se eligen. Si un jóven es el segundo ó el tercero de su casa, se le destina á la Iglesia. ¡Mas oh! que no tiene vo-

cacion; no importa, sus padres la tienen por él. Si una doncella es única, si tiene muchos bienes y bellas prendas, luego se la aplica al siglo. ¡Mas oh! que su inclinación es á los claustros y al retiro; que solo quiere pensar en su salvacion; que conoce que si queda en el mundo se pierde y se condena. ¡Impertinencia! No es eso á lo que se atiende ni lo que se consulta. Las conveniencias, el interés de la familia, los enlaces, la fortuna y la pasión, estos son los resortes que dan movimiento á toda la máquina. Ah Señor, ¿y despues de esto nos admiramos de que las desgracias parezcan hereditarias en algunas familias? ¿nos admiraremos de que esté el mundo atestado de infelices y de descontentos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no basta abrazar el estado donde nos quiere Dios; es menester cumplir con fidelidad las obligaciones de este mismo estado. Antes de elegirle es necesario hacer mucha oracion, suplicar incesantemente al Señor nos dé á conocer el estado en que quiere le sirvamos; pero una vez abrazado alguno, ya no es tiempo de deliberar ni de dudar si se hubiera hecho mejor en seguir otro. Esas irresoluciones fuera de tiempo son verdaderas tentaciones; entonces solo conviene aplicarse, dedicarse á desempeñar con puntualidad las obligaciones del estado que se abrazó. El demonio, como hábil y astuto tentador, se sirve de esas molestas inquietudes para burlarse de nosotros. Es grande ilusion vivir en continua perplejidad sobre el estado, y descuidar en sus obligaciones; das todo el lleno que las corresponde, y vivirás tranquilo sobre la eleccion de la vida. Porque aunque tu vocacion haya sido tan señalada como la de Saul, y tan santa como la de Judas, ¿de qué te servirá haber abrazado el mejor partido si le desempeñas mal? No hay mayor prueba de que estamos en aquel estado en que nos quiere Dios, que nuestro cuidado y nuestro estudio en agradarle. El ofenderle no es prueba de que no fuese buena nuestra vocacion, sino de que es mala nuestra voluntad. ¿Quedóse uno en el mundo? pues viva en él cristianamente; esté sobre las armas contra el enemigo que reina en él; viva muy sobre aviso contra los lazos y contra las redes que por todo él están tendidas; arregle sus costumbres á las máximas del Evangelio, y estará seguro de su salvacion. ¿Abrazó el estado eclesiástico? pues edifique al prójimo con un porte ejemplar, á prueba de toda calumnia; haga con espíritu de religion todas las funciones de los mas sagrados ministerios, y asegurará su salvacion edificando á la Iglesia. ¿Hallase en el estado religioso? observe las santas leyes de su sagrado instituto;

animen todas sus acciones la modestia, la circunspeccion, la observancia y el espíritu de recogimiento y de retiro; sea su devoción un testimonio para el público de la santidad de su vida: entonces vivirá como verdadero religioso y morirá santo. ¡Mas oh! que me es insoportable el yugo que me he echado áuestas. No, no te encorva la pesadez del yugo, sino tu cobardía y tu flaqueza; ten por cierto que tanto te pesaria otro cualquiera. Pero supongamos que te hubieses equivocado en la eleccion de estado; recibe como penitencia sus mortificaciones y sus trabajos, y hallarás en ellos un manantial de gracias, convirtiéndose en medios para asegurar tu salvacion.

¡Mi Dios, qué sutil, qué astuto es el demonio! ¡y qué necio soy yo! ¡cuantos medios he tenido hasta ahora para ser santo, y como los he malogrado por mis vanos arrepentimientos, por mis disgustos sin provecho, y por mis dudas inútiles! No, dulce Salvador mio, no quiero ya pensar en otra cosa sino en santificarme en el estado en que me hallo, y en vivir segun vuestras máximas. Concédeme esta gracia, sin la cual nada adelantaré.

JACULATORIAS. — Esperemos en mi Dios y en mi Señor, que con el auxilio de su gracia será eficaz el propósito que hago de cumplir perfectamente con las obligaciones de mi estado. (Ps. 41.)

Juré, Señor, y tengo resuelto guardar inviolablemente en adelante todos vuestros santos mandamientos. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 Si no has hecho todavía eleccion de estado, aplica todos los medios que puedas para conocer aquel á que te llama Dios. Nunca se te ofrecerá eleccion que pida mas oracion, mas reflexion, mas consejo ni mayor miramiento; porque tampoco hay punto de mas importante consecuencia. No consultes en él á la carne y sangre. Los padres por lo regular solo atienden á su inclinacion, á sus intereses y aun á sus pasiones en el destino de sus hijos, sin dárselos nada por su salvacion ni por su eterna suerte, con la cual tiene tan estrecha conexion el estado que han de abrazar. Busca un director santo, sabio y prudente, y descúbrele todos tus mas secretos movimientos, tu natural, tus inclinaciones, tu pasión dominante, tus talentos, y todas tus buenas y malas cualidades. Haz todos los dias muchas oraciones pidiendo á Dios que te dé á conocer su santísima voluntad. Frecuenta los sacramentos; sobre todo empeña á la santísima Virgen en este importante negocio, y consúltale contigo mismo, considerándote en la hora

de la muerte; porque de todo el tiempo de la vida este es aquel en que se hace mas sano juicio de las cosas.

2 Si ya estás en estado de por vida, no gastes el tiempo en deliberar sobre la elección; esas reflexiones ya son inútiles y aun perniciosas. Ocupate únicamente en desempeñar con fervor y con puntualidad las obligaciones de este estado; persuadido á que ya te quiere Dios en él, aunque fuese torcida la elección y los motivos que tuviste presentes para hacerla; creer lo contrario es tentación. El que se descaminó no se detiene en discurrir sobre el camino que debiera haber tomado; el que se hirió solo se aplica á curar su herida; y uno y otro no piensan mas que en guardarse de volverse á herir, y de volverse á descaminar. Sigue este consejo.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

SAN LUIS, confesor, rey de Francia, en Paris; célebre por la santidad de su vida y por sus milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES EUSEBIO, PONCIANO, VICENTE Y PEREGRINO, en Roma; los cuales en el imperio de Cómodo fueron primero colgados en el potro y descoyuntados; despues apaleados y quemados por los costados; mas permaneciendo fiel y constantemente en alabar a Jesucristo, por último les azotaron con cuerdas emplomadas hasta que dieron el alma á Dios.

SAN GINÉS, mártir, tambien en Roma; el cual siendo gentil y cómico, como en el teatro á presencia del emperador Diocleciano hiciese burla de los misterios de los cristianos; inspirado de Dios se convirtió de repente á la fe, y fué bautizado; por lo cual despues el emperador mandó que lo apaleasen cruelísimamente, y lo colgasen en el potro, y lo despedazasen con uñas de hierro, y lo quemasen con hachas encendidas. Mas él perseverando constante en la fe de Jesucristo, decia: No hay rey sino Jesucristo, y aunque mil veces me mateis no me lo podreis quitar de la lengua ni me lo apartareis del corazon. Finalmente lo degollaron, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN GERONCIO (ó GERONCIO), obispo; en Itálica en España; el cual habiendo predicado en aquellas partes el Evangelio en tiempo de los Apóstoles, despues de muchos trabajos murió en una cárcel. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN GINÉS, en Arlés en Francia, quien siendo notario, como no quisiese redactar los impíos edictos contra los cristianos, y arrojase públicamente sus registros en testimonio de que era cristiano, fué preso y degollado, alcanzando la gloria del martirio con el bautismo de su propia sangre. (*Véase su vida en las de hoy.*)